

—¡Es tan fea!—dijo Alba.—No me sacrificaré usted á ella...

—Además, tengo una compatriota que se va mañana, y de la que debo despedirme esta noche: la señora de Sauve, con quien me he encontrado en el Museo del Capitolio... No dirá usted que ésta es fea.

—Cierto,—dijo Alba, que se había puesto pensativa,—¡es muy bonita!...

Tuvo en los labios una nueva súplica que no formuló. Después dijo:

—Vuelva usted al menos. Prométame usted que volverá después de sus dos visitas. En hora y media puede usted concluir. No será más que media noche, y ya sabe usted que la gente no se va de aquí antes de la una, y á veces de las dos... ¿Volverá usted?

—Si es posible, sí... Pero en todo caso hasta mañana, en el estudio, para ver el retrato.

—Entonces adiós,—dijo la joven con ahogada voz.



X

Común miseria.

Alba Steno había pronunciado este adiós con un acento tan particular, que también Dorsenne se encontraba conmovido mientras bajaba la escalera cinco minutos más tarde. Se decía: "Cuidado, Julián. Ella estaba verdaderamente linda esta noche, con sus hombros un poco delgados en su corpiño blanco, con su tez pálida, su boca roja, y sus ojos claros. ¡Demasiado bonita y conmovedora! Algunas conversaciones más de este género, y estaríamos cerca de *la tontería*."—Esta era su manera poco reverente de designar el matrimonio.—"Y esto no, no. Recordemos la divisa de la sortija." Y oprimió contra su

boca el zafiro de un ancho anillo que llevaba en el dedo índice. Había hecho grabar en él las cinco letras. M. H. U. D. P. No eran estas amorosas iniciales, como los celos de Alba hubieran seguramente supuesto, si la pobre niña hubiese podido examinar aquel extraño talismán del celibato. En uno de los accesos de puerilidad, que le agitaban alguna vez, aquel singular artista había querido dar como divisa á su vida una célebre fórmula de la escritura aplicada al más inconstante y más sistemático á la vez de los bohemios. *Memoria hospitis unius diei praterreuntis*. El recuerdo de un huésped de un día que se marcha: esto es lo que significaba la inscripción de la sortija, y lo que Dorsenne soñaba dejar tras él, en todas las amistades y en todos los amores. El, á quien sus rivales acusaban de fatuo, lo era tan poco, que olvidaba preguntarse al salir de la villa Steno aquella hermosa noche de Mayo, qué impresión había causado á Alba. Sin embargo, había hablado de un juego peligroso, y no veía que si él arriesgaba en aquel asunto su independencia de soltero, Alba arriesgaba todo su corazón. Un corazón tan enfermo que era un crimen divertirse con él. La obra de seducción emprendida con una voluntaria inconsciencia por aquel hombre á la vez insensible y curioso de sentir, estaba ya cumplida. El alma de la presa había cogido á la inocente alma, como la araña á una mosca en su tela, donde ésta se agita sin poderla romper. Cuando Dorsenne abandonó el salón, la Condesita sintió una vez más, á pesar de las numerosas personas que le llenaban de movimiento, aquella fría impresión de soledad que tenía siempre entre conversaciones semejantes. Julián era en el mundo el único ser capaz de suspender en ella durante algunos minutos por la magia de su pre-

sencia, el martirio de la idea fija que la devoraba.

Era hermoso, célebre; tenía el arte de hablarla como si comprendiese sus penas íntimas, sin hacerle casi nunca daño por un exceso de claridad. Acababa de unir al prestigio de su talento y de su fama el de un valor romancesco, por su extraordinario duelo con Boleslas Gorka. En fin, y este era un elemento de interés del que el escritor estaba inocente, la ligereza habitual de su palabra contrastaba demasiado con la patética sutileza de sus libros, para que no diese á la desgraciada niña la idea de que él ocultaba también dolorosos secretos bajo una máscara de escepticismo. Uno sólo de estos motivos hubiera bastado para que otra madre prohibiese en absoluto á su hija toda familiaridad con persona tan capaz de perturbar una imaginación de veinte años. Pero la Condesa no pensaba en ejercer esta vigilancia, y menos aún, por haberse formado, como casi todos los padres, una convicción sobre el carácter de Alba: "El hombre que la entusiasme, decía riendo, no ha nacido aún.". La naturaleza de la Condesita era muy diferente de la suya para que comprendiese aquel corazón tanto menos abierto, cuanto más conmovido estaba, en lugar que la emoción era sinónimo de expansión en la opulenta y espontánea veneciana. Aun aquella misma noche no había notado la abstracción de Alba después que Dorsenne se ausentó, y preciso fué que Hafner se lo hiciese observar. Para el astuto Barón, si el escritor se ocupaba de la joven, era ciertamente con el objeto de conseguir una dote considerable para cualquiera. Los veinticinco mil francos de Julián significaban la independencia; los doscientos cincuenta mil que tendría Alba, á la muerte de su madre, eran la gran fortuna. Así es que Hafner

creyó merecer una vez más el título de "viejo amigo" llamando aparte á la señora Steno para decirla:

—¿No encuentra usted algo extraordinario en Alba desde hace algunos días?

—Siempre ha sido lo mismo—respondió la Condesa.—Es la juventud de hoy, que no es nada joven.

—¿No cree usted—insistió el Barón—que existe tal vez otra causa para esa tristeza, algún interés demasiado vivo por alguno, por ejemplo?

—¡Alba!—exclamó la madre—¿Y por quién?

—Por Dorsenne, — respondió Hafner bajando aún más la voz;—hace cinco minutos se ha marchado, y observe usted cómo á ella parece no importarle nada de nadie.

—¡Ah! ¡Mucho me alegraría de ello!—dijo riendo la señora Steno.—Es un guapo mozo, tiene talento, fortuna. Es el sobrino de un héroe, lo que, con mis ideas, equivale á la antigua nobleza. Pero Alba no piensa en él. Estoy segura. Me lo hubiera dicho; todo me lo cuenta. Somos dos amigas, casi dos camaradas, y sabe que la dejaría en libertad. No, no, mi viejo amigo. Conozco á mi hija. Ni Dorsenne ni nadie la interesa, degradingamente. Se divertiría, al menos, en vez de que todo la fastidia y la cansa. Algunas veces temo que enferme como su prima Adriana Navajero, á quien tanto se parece. Pero voy á animarla.

—¡Un Dorsenne como yerno!—se dijo Hafner viendo á la Condesa dirigirse hacia Alba al través de los grupos de sus invitados, y meneó la cabeza, mirando con satisfacción á su futuro yerno.—He aquí lo que es no seguir de cerca á los jóvenes. Se llega á creer que se les conoce hasta que algu-

na locura nos abre los ojos... ¡y es demasiado tarde! En fin, yo la he advertido, y este no es asunto mío.

Aquel profundo observador no sospechaba, mientras acariciaba con complaciente mirada el grupo formado por Pepino Ardea y Fanny, que él mismo no conocía más á aquella hija de la que había hecho la prometida de un Príncipe romano, para el mayor triunfo de sus ambiciones mundanas. De los hombres y las mujeres reunidos en el salón y en la terraza, incluso la penetrante Lydia Maitland en busca de una nueva venganza, Alba era la única que sospechaba la verdad. No se había engañado creyendo notar un principio de desilusión en su joven amiga, á la que, desde la partida de Maud, se unía más estrechamente por la tierna simpatía de una cruel identidad de destinos, y había tenido razón al juzgar que la conversación del Príncipe disgustaba á Fanny aquella noche. Esta conversación no era, sin embargo, más que una inocente serie de bromas sobre el Soberano Pontífice, cosa frecuente en Roma todos los días, y entre la gente de sotana más que entre otros. Alba pudo convencerse de ello cuando, advertida por su madre, se aproximó á la pareja para desempeñar su oficio de hija de la casa. Ardea se divertía, á pesar de la creciente contrariedad de Fanny, en referirle anécdotas más ó menos exactas sobre el interior del Vaticano, procurando de este modo rebajar un poco una exaltación extática que ya advertía. Su sentimiento del ridículo y el de su interés social hacíanle comprender lo absurdo que sería volver á plena sociedad clerical después de haberse casado con una millonaria convertida la víspera. Para ser justos conviene añadir que el champagne seco de la Condesa no era en

absoluto extraño á la obstinación con que mortificaba á su novia sobre su inocencia religiosa. No era la vez primera que había experimentado aquella medio borrachera, uno de los menores pecados de su juventud, menos raro en los países cálidos que lo que la modestia del Norte se imagina.

—Llega usted á tiempo, Condesita,—dijo cuando la señorita Steno se sentó junto á ellos en el sofá. Su amiga de usted está completamente escandalizada de una historieta que acabo de contarla: la del guarda noble que utilizaba el teléfono del Vaticano este invierno para dar citas á la Julia Rezzonico sin despertar los celos de Ugolino... Pero esto no es aún nada. Fanny se ha incomodado porque la he dicho que el Santo Padre repetía sus bendiciones en la capilla Sixtina, completamente vacía, con un maestro de canto, como una prima donna.

—Ya le he dicho á usted que no me agradan esas bromas,—dijo Fanny con visible irritación, que su paciencia dominaba sin embargo.—Si quiere usted continuarlas, me iré, y le dejaré á usted hablar con Alba.

—Puesto que vé usted que eso la mortifica,—dijo la última al Príncipe,—hable usted de otra cosa.

—¡Ah, Condesita!—respondió Pepino moviendo la cabeza.—¡Ya la defiende usted! ¡Qué será más tarde! Pues bien: pido perdón de mis inocentes epigramas sobre Su Santidad en bata.

Y continuó, riendo:

—¡Es una lástima, pues quedaban aún algunos detalles alegres, principalmente la historia de un arca llena de monedas de oro que un fiel había legado al Papa. Estaba éste en disposición de contarlas, cuando el arca resbaló, y hé aquí en tierra

el tesoro, y al Papa y al Cardenal en cuatro pies corriendo tras los napoleones, cuando entró un criado. ¡Buen cuadro! Le juro á usted que el otro,

el buen Pío Nono, era el primero en reirse con nosotros de todas estas cosas del Vaticano. Este no es tan *alla mano*. Pero es un santo. No crea usted que no le hago justicia. Solamente que este santo es un hombre, y un hombre viejo. Hé aquí lo que usted no quiere comprender.

—¿Dónde vas?—dijo Alba á Fanny que se había levantado, como dijo á Ardea.

—A hablar con mi padre, al que tengo que decir dos palabras.

—Le había prevenido á usted que cambiase de conversación,—cuando el Príncipe y ella estuvieron solos.



Ardea, un poco avergonzado, se encogió de hombros y dijo riendo:

—Confíese usted que la situación es bastante crítica, Condesita. Ya verá usted como ella quiere que vaya al Quirinal. No faltaba más sino que el padre descubriese también en sí escrúpulos religiosos que le impidiesen saludar al Rey. Pero es preciso apaciguar á Fanny.

—¡Dios mío!—se dijo Alba viendo que el joven se levantaba.—¡Creo que está un poco borracho! ¡Qué pena!

Aunque no hubiese bebido algunas copas de más de un *Extra dry monopole* de renombrada marca, el heredero del sucesor de Sixto V no hubiera tomado en serio la indignación católica de su prometida. Sin conocer el maquiavélico plan por el que el señor Hafner se había servido de Noé Ancona, uno de los peores agentes de negocios de Roma, para llegar á aquel matrimonio, no se hacía ilusión alguna sobre el carácter mercantil de aquella alianza. Añadamos en descargo ó para condenación de aquel escéptico, que esto era cuestión de punto de vista, al que no se atribuía gran importancia. Si por instinto estaba orgulloso de su nombre, tenía bastante sentido práctico para comprender que la nobleza sin privilegios tiene un valor muy dudoso, y tenía el sentimiento de que en aquel negocio de su matrimonio era él quien jugaba el papel de explotador frente al financiero.

El evidente respeto de que Hafner rodeaba el blasón de los Castagna parecía excelente comedia al descendiente de aquella noble familia, y el snobismo clerical de la neófita Fanny acababa de ponerle alegre. Tal vez había en él algo de ese particular orgullo nobiliario que se manifiesta de mil

maneras, una de las cuales es el menosprecio del gran señor por una distinción puramente nominal que causa asombro en él. Seguramente el Príncipe veía la verdad en lo que al Barón se refería; pero se engañaba respecto á Fanny. Pero ¿dónde podía él haber recogido datos para comprender bien la naturaleza de la joven y su historia religiosa, que vale la pena de ser contada, al menos á grandes rasgos, aunque no estuviera ligada de una manera estrecha al desenlace del drama encerrado en el corazón de la pobre Alba? ¿No es una conversación sincera el más apasionado de los problemas morales? Además, ni la escena de aquella noche, ni las que seguirán, serían inteligibles sin este corto análisis, que un romano como Ardea era más que ninguno otro incapaz de sospechar solamente. La cuestión religiosa había siempre estado mezclada para él con los negocios locales y la política diaria del país. No hubiera dejado, pasando ante los confesonarios de San Pedro, de arrodillarse para tender su cabeza á uno de los sacerdotes y recibir con un golpe de la varita sobre los cabellos la remisión de sus pecados veniales. Obraba de buena fe, sin embargo, considerando al Santo Padre, como la nobleza de la Ciudad Eterna ha hecho siempre, con una ironía que no excluía la veneración. Mas para Fanny, que la víspera había recibido la comunión del Papa mismo, el contraste entre su sagrada emoción y el chancero tono de Ardea era demasiado fuerte. Todos los que han tenido la fortuna de ver á León XIII celebrar una de sus misas privadas, saben que la transfiguración del Pontífice por el fervor del sacrificio es un espectáculo de magnificencia más asombrosa que las pompas de la Sixtina. Aquella voz profunda, que no deja caer una sílaba

de las oraciones sin sostenerla, sin hacerla penetrar en el alma; aquel cuerpo consumido, en el que no queda más que la materia suficiente para el fuego del pensamiento; aquel ademán tan sencillo y tan grande de la bendición que por encima de algunos devotos arrodillados en la estrecha capilla descien- de sobre toda la cristiandad; los ojos del sucesor de San Pedro, tan llenos de claridad y que muestran como un reflejo del cielo, toda esta poesía, queda inolvidable hasta para el testigo de creencias débiles, si ha conservado el poder de estremecerse al contacto de las grandes cosas del alma.

Pero para una joven de la edad de Fanny, bautizada la víspera, creyente verdadera, y que comulgaba por primera vez, ¡qué momento aquel en que el viejo Pontífice había pronunciado las admirables palabras *Corpus domini nostri*, mientras su venerable y pálida mano, casi diáfana le acercaba la hostia!

Preciso era que Ardea fuese completamente extraño á toda inteligencia de la vida moral, para que no comprendiese que dejar caer la menor broma sobre emoción semejante era cometer una falta irreparable. ¡Y pensar que él se había creído hábil defendiéndose contra lo que calificaba de pueril y casi de comedia!

Como la mayor parte de las revoluciones de este orden, el trabajo del cristianismo realizado desde hacía años en Fanny, había tenido por principio un ejemplo. El verdadero instrumento de propaganda no es ni la doctrina ni el razonamiento, sino el contacto de un alma con otra. La fe no se enseña ni se impone; se comunica por una especie de contagio que muestra bien claramente su ciencia misteriosa y humanamente indefinible.

Fanny, muy joven—tenía entonces diecisiete años—huérfana de madre y muy abandonada, aunque rodeada de cuidados materiales por su padre, se había unido con firme amistad con la señorita de Sallach, hija de uno de los más grandes señores de Stiria, tísica, y que había ido á Roma para morir en esta ciudad.

El Barón había favorecido estas relaciones por vanidad, sin comprender á qué influencia sometía á su hija. Matilde Sallach era, en efecto, una de esas criaturas casi sobrenaturales por la delicadeza de su devoción, y tan ferviente, que bien pronto adquirió sobre una amiga de convicciones vagas un imperio de ideas casi absoluto. El rostro de Fanny no mentía. Había tomado de la herencia, un poco confusa, que hacía de ella y de su padre seres tan complejos, solamente el elemento israelita.

Lo que distingue al alma judía más que todos los otros caracteres censurados ó alabados por los enemigos ó los adeptos de esa invencible raza, es una fuerza singular para lo que quiere, y una violencia en el deseo, que jamás retrocede.

Aplicadas á la vida de los negocios estas energías, crean las fortunas que se sabe. Aplicadas á los triunfos sociales, ejecutan esas asombrosas hazañas por las que un Hafner llega, diez años después de un proceso escandaloso, á casar á su hija con un individuo de la primera nobleza de Europa, sin que esta alianza levante gran polvareda. Dirigidas á las cosas de lo alto, estas mismas energías se exaltan hasta producir verdaderos milagros morales, como el de la iluminación súbita del padre Ratisbone en una de las capillas de San Andrés, cuando los preparativos de las exequias de M. de la Ferronays.

Cuando Fanny hubo leído con la señorita de Sallach el *Nuevo Testamento* primero, la *Imitación* después, la *Vida devota* y las *Meditaciones sobre el Evangelio* más tarde, se entregó á las ideas expuestas en esos hermosos libros con la misma intensa absorción de todo su ser que su implacable padre había llevado á sus negocios. Tuvo sed y hambre del catolicismo, como él había tenido, como tenía sed y hambre de millones y de títulos.

La muerte de Matilde, uno de esos espectáculos sublimes que produce la agonía de los verdaderos creyentes, acabó de afianzar su fe. Vió á la enferma recibir los Sacramentos y la extrema alegría de la salvación en aquel rostro de una agonizante de veinte años, iluminado por el éxtasis. Oyó que la decía con una sonrisa de una inefable seguridad:

—Voy á pedir por tí á Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo había de resistir á semejante grito, á tal visión? Al siguiente día de aquella muerte pedía á su padre permiso para ser bautizada, lo que le valió una contestación muy significativa para no ser trasladada aquí.

—Sin duda,—le había respondido aquel hombre asombroso que llevaba en el sitio del corazón una cotización de Bolsa, donde todo estaba tarifado, hasta Dios,—sin duda me conmueve mucho y me hace muy feliz ver que los asuntos religiosos te preocupan en tal grado. La religión es útil, muy útil, mejor diré, indispensable. Para el pueblo es un freno necesario, y á nosotros nos da cierto rango, cierto ambiente. Añado que una persona llamada como tu á vivir en Austria y en Italia, debe ser católica. Es preciso, no obstante, pensar en el caso de que tú te casaras con alguno de otro culto,

Soy tu padre y debo preverlo todo. Sabes que no te casarás más que á tu gusto, con quien tu corazón quiera. Espera, pues, á que hable éste para arreglar esta cuestión. Si amas á un católico, tendrás ocasión de dar á tu novio, adoptando su fe, una prueba de afecto que le agradará. No te impido que practiques

las ceremonias que te gusten. Las de la liturgia romana se cuentan, seguramente, entre las más bellas, y yo mismo he entrado en San Pedro en tiempo del go-

bierno pontifical. Aquel gusto, aquella magnificencia, aquellos cantos, me han conmovido. Solamente que, para tomar un partido definitivo, irreparable, te lo repito, debes esperar. Tu estado actual de protestante tiene la gran ventaja de su neutralidad, de ser menos definido.

¡Qué frases para un corazón ya herido por el atractivo de la gracia y la nostalgia de la vida eterna! Pero este corazón era el de una joven muy pura y muy tierna. Juzgar á su padre le era imposible, y el terrible positivismo del Barón la había consternado, sin que dedujese de él nada, sino que era preciso obedecer sus órdenes y rogar al cielo le iluminase. Había, pues, esperado, sostenida y dirigida



por el Cardenal Guerillot, que debía más tarde bautizarla y aproximarla por primera vez á la Santa Mesa en la misa del Papa. Este prelado, una de las más hermosas figuras de que se ha enorgullecido el episcopado francés, era uno de esos grandes cristianos para quienes la mano de Dios está tan visible en la dirección de las cosas humanas, como invisible para las almas que dudan. Cuando Fanny le confió las graves turbaciones de su conciencia y el desacuerdo entre ella y su padre sobre el punto esencial de su bautismo, respondióla el Cardenal:

—Tenga usted confianza en Dios. El la hará á usted una señal cuando llegue la hora.

Y había pronunciado estas palabras con acento de convicción tan profunda, que le dió á la joven la seguridad de que sucedería así. Más de dos años habían pasado en aquella esperanza. Este hecho no sorprenderá á las personas que conocen las refracciones íntimas habituales en la fe. Preciso es añadir que había un fuerte contraste entre el decorado exterior, en el que se agitaba la vida de aquella niña mimada, y la disposición particular de su espíritu. Contraste que hubiera sido extraño para otro que no fuera el Cardenal Guerillot. Este, como se ha visto, era el caso para Montfanón y lo fué para Ardea. Rodeada del excesivo refinamiento de un lujo insolente, obligada, no sólo á participar de este lujo sino á dirigirle, puesto que ella presidía las fastuosas comidas de su padre, vestida como un figurín, Fanny parecía la imagen de la frivolidad mundana, para quien la viese pasar por Pincio ó por la villa Pamphilj y en su carruaje arrastrado por dos caballos, el peor de los cuales valía diez mil pesetas. Hafner, que era vanidoso, como se es libertino,

jugador ó avaro, con pasión, quería que su hija tuviese en Roma el cetro de la elegancia.

¿Quién, pues, hubiera adivinado que aquella elegante joven, de perfil tan pálido y puro, se prestaba á la voluntad del Barón por espíritu de sacrificio, de obediencia, de humildad? ¿Quién, pues, hubiera sospechado que al través de aquel vaivén de una existencia pasada en paseos y tertulias, ella se dormía todas las noches y se despertaba todas las mañanas esperando un verdadero milagro, la señal anunciada por monseñor Guerillot? ¿Cómo hubiera admitido un extraño, aun sin los prejuicios que cegaban al irritable Marqués, que el encuentro con un Pepino Ardea pudiera ser interpretado por aquella alma mística en este sentido milagroso? Sí... La ruína del heredero del Papa Urbano VII, víctima de especulaciones ininteligibles, el desastre merecido de aquel vividor presuntuoso y aturdido, sus insensatas empresas, sus préstamos absurdos, su venta obligada, todos los episodios grandes ó pequeños de aquella vanal y triste historia, habían sido presentados por el Barón á su hija bajo el aspecto del martirio, sin que ella desconfiase. Ella había reconocido un designio providencial en la abominable intriga que iba á satisfacer á expensas de su dicha, las bajas ambiciones aristocráticas del pirata de la Bolsa, de quien llevaba el nombre, y á volver á dorar con los millones robados las simbólicas castañas del blason de los Ardea. Esta ocasión para su bautismo se la había aparecido como el resultado de las plegarias hechas en el cielo por el ángel de piedad, que en su agonía la hizo la promesa de salvarla; y que que parecerá más inverosímil todavía, y que, sin embargo, es muy verdadero, es que el Cardenal Guerillot participase de sus ilusiones. A pesar de

sus setenta años, á pesar de la experiencia de la confesión, á pesar de la lucha sostenida contra la francmasonería de su diócesis francesa, que había producido su destierro á Roma, el santo viejo miraba el matrimonio de Fanny bajo este mismo punto sobrenatural. Muchos sacerdotes son así, capaces de una inocencia que, en último análisis se encuentra á menudo razonable; pero en el momento, la antítesis entre la realidad y lo que ellos piensan constituye una ironía casi loca. Cuando hubo bautizado á Fanny, el antiguo Obispo de Clermont sintió una alegría tan profunda, que dijo á la joven, usando una cita sagrada para expresar más delicadamente el tierno respeto de su amistad:

—Ahora puedo hablar con Santa Mónica después del bautismo de San Agustín: *Cur hic sim nescio, jam consumptá spe hujus sæculi*. No sé por qué sigo aquí abajo. Toda mi esperanza se ha consumado. Y puedo añadir como ella: “Lo único que me hacía desear un poco vivir era el verla católica antes de morir.” El viajero retrasado no tiene más que partir. Ha cogido la última y la más bella flor.

¡Noble y confiado apóstol, que debía, en efecto, morir poco después, mereciendo que se dijese de él lo que el Obispo africano decía de su madre: “Aquel alma religiosa fué, al fin, desligada de su cuerpo”, y que no pensaba que iba á pagar en seguida bien caro la última realización de su último deseo! No preveía que aquella á quien llamaba ingenuamente su más bella flor, iba á ser para él el principio de una cruelísima tristeza. ¡Pobre gran Cardenal! La última prueba de su vida, la suprema gota amarga del cáliz, fué asistir al desencanto que siguió en seguida en su dulce neófito. ¿A quién sino á él había de acudir en demanda de consejo en las dudas tor-

turantes que empezó á tener sobre sus sentimientos respecto á su prometido? Así es que al día siguiente de la noche en que el imprudente Ardea habíase burlado con tan mezquina insistencia de cosas para ella sagradas, llamaba á la puerta del cuarto que monseñor Guerillot ocupaba en la vasta casa de la calle de las Cuatro Fuentes, donde se encuentra la procuraduría de San Sulpicio. No se trataba de recriminar más ó menos el espíritu de aquellas bromas ni de referir sus humillantes observaciones sobre la poca sobriedad del Príncipe. No. Ella quería esclarecer su conciencia, sobre la que pesaba una sombra dolorosa. En el primer momento de sus relaciones había creído amar á Ardea; tanto reconocimiento le había dado la emoción de su vida religiosa por aquél, que no era, sin embargo, más que el pretexto de su libertad. Hoy temblaba, no solamente á la idea de que no le amaba, sino por el temor de odiarle, y, sobre todo, sentíase presa de una invencible repugnancia por los cuidados del mundo en esa laxitud de pasajeras esperanzas, con esa nostalgia del descanso en Dios, claros indicios de las verdaderas vocaciones. A la idea de que podía algún día, si sobrevivía á su padre y si estaba libre, retirarse entre las señoras del Cenáculo, sentía contra su próximo matrimonio una rebelión interior, aumentada por la evidencia del triste carácter de su futuro esposo. ¿Tenía el derecho de unirse con lazos indestructibles en semejantes disposiciones? ¿Obraría lealmente rompiendo sin nuevos hechos aquellas relaciones, que habían sido entre su padre y ella condición de su bautismo? Y su queja se había hecho más profunda al día siguiente de aquella noche en que tan herida había sido.

—Le está á usted permitido el retirarse—res-

pondió monseñor Guerillot,—pero no le está á usted permitido obrar poco caritativamente en su resolución.

Había en Fanny mucha sinceridad; su fe era demasiado sencilla y profunda para que no tomase este consejo al pie de la letra, y á él se atuvo en palabras y en intención. Así es que, dando por la tarde un paseo con Alba, procuró destruir la huella que la escena de la vispera pudo dejar en el ánimo de su amiga.

Su esfuerzo fué más lejos. Quiso pedir perdón á su novio.

Perdón... ¿Y de qué? De haber sido herida por él en lo más vivo de su sensibilidad. Nada más que por la manera con que fué acogida en uno y otro paso, comprendió qué virtud más difícil era aquella caridad en la resolución recomendada por el piadoso Cardenal. Exige una disciplina del corazón casi inconciliable con la lucidez de la inteligencia. Alba miró á su amiga con asombro casi doloroso y la abrazó diciéndola,—ambas se tuteaban desde la ceremonia del bautismo:

—Pepino no es digno ni de besar el polvo que pisas. Esta es mi opinión, y si no dedica su vida entera á hacerse digno de tí, será muy culpable y muy imbécil.

Respecto al Príncipe, encontró ininteligibles los movimientos del alma que dictaban á su prometida palabras de excusa, como lo hubieran sido para Hafner. Pensó que este último había regañado á la joven, y se aplaudió el haber cortado en seguida aquella comedia de clericalismo.

—Dejemos esto — dijo con condescendencia. — Soy yo quien le he faltado á usted en la forma, pues en el fondo sabe usted que siempre me encontrará res-

petuoso con lo que los míos han respetado. Pero los tiempos cambian, y ciertos fanatismos no están bien hasta con nuestro nombre. He aquí lo que quise decir á usted de modo que usted no pudiera condenarme.

Y besó galantemente la mano de Fanny, sin comprender que acababa de redoblar la melancolía de aquella niña demasiado generosa. Continuó el desacuerdo entre el universo de ideas en que se movía la joven y aquel en que respiraba el vividor arruinado. Como con tanta profundidad dicen los místicos, no eran del mismo cielo. O más bien, pues no es propia esta palabra cielo aplicada á persona tan desprovista de todo ideal, Ardea era todo carne y sangre y la señorita Hafner toda espíritu y corazón. A medida que Pepino descubría su carácter verdadero, el desacuerdo sobresalía. Fanny, pues, experimentó durante las dos últimas semanas de aquel hermoso mes de Mayo, que debía envolver en sus rayos luminosos la dicha de sus amores, una serie de pequeñas desilusiones cotidianas, una evidencia renovada é impuesta sin cesar, de que aquel matrimonio, aceptado al principio como una esperanza, iba á ser para ella un constante sacrificio. Sin embargo, la miseria moral de su prometido no bastó á determinar en ella un deseo de ruptura.

Que Pepino, educado en la ociosidad, corrompido por el doble orgullo del nacimiento y de la fortuna, fuese á los veintiocho años frívolo y cínico á la vez; que uniese á la finura de un italiano la absoluta sequedad de un *clubman* parisién; que todos sus proyectos sobre su futura vida se redujeran á un retorno á su vida elegante y vanidad satisfecha; que á menudo abandonase la mesa con los ojos brillantes, el labio muy húmedo y la risa muy alegre,